

GRECIA EN LA ENCRUCIJADA

NO PUEDE DESCARTARSE UNA SITUACION DE FUERZA ENTRE EL REY Y EL EJERCITO

La libertad de palabra no puede ser un monopolio de aquellos que disponen de los tanques y las ametralladoras: al poco tiempo de pronunciar estas palabras, Panayotis Canellopoulos ha sido detenido en Atenas, como una demostración de que, en efecto, la libertad de palabra puede llegar a ser un monopolio de quien tiene la fuerza en sus manos. Al mismo tiempo que se detenía a este político —que era primer ministro de Grecia en el momento del golpe—, de apariencia liberal y de aficiones democráticas, se iniciaba el proceso de Elena Vlachos, propietaria de dos de los más importantes periódicos de Atenas, conservadora, derechista, pero opuesta, por dignidad profesional, a todas las medidas de restricción de la libertad de prensa. Estos dos hechos simultáneos demuestran, por una parte, el crecimiento de una oposición activa de la derecha al golpe de estado y, por otra, el caso omiso de los golpistas a las denuncias presentadas contra ellos en los organismos europeos a los que pertenecen. Las persecuciones contra la señora Vlachos y el primer ministro Canellopoulos se han iniciado precisamente cuando en la comisión de derechos del hombre y en la reunión ministerial de los «seis» en Luxemburgo se planteaba el caso griego.

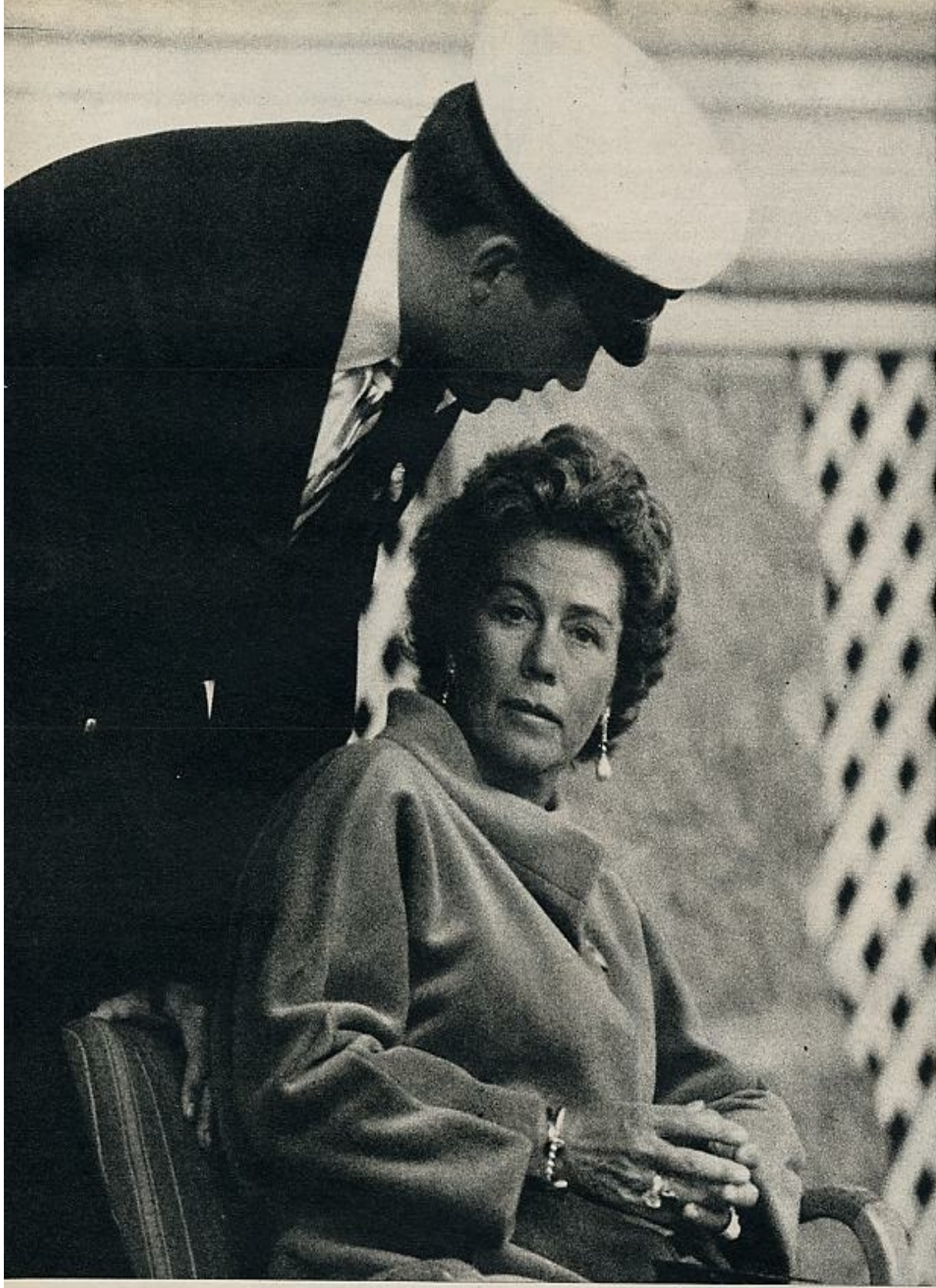
La denuncia europea contra el régimen griego se ha iniciado en los países escandinavos, donde la democracia y las libertades públicas son una tradición, y se ha sumado después Holanda. La Asamblea Consultiva del Consejo de Europa decidió, por 17 vo-

tos contra uno —el del miembro italiano, el monárquico marqués de Aprigliano—, que se enviase un ultimátum a los coroneles griegos para que restaurasen las libertades parlamentarias. Al mismo tiempo, la comisión de la Comunidad Económica Europea decidía bloquear el empréstito de diez millones de dólares que iba a ser concedido para la construcción de una carretera en Creta y suspender el protocolo financiero, por el cual la Comunidad debería facilitar 55 millones de dólares a la economía helena. Y los Gobiernos noruego, sueco, danés y holandés han presentado —el 20 de septiembre— una detallada acusación de violación de la convención europea de derechos del hombre, basada en 36 puntos distintos, a los que añaden la frase de que «se reservan el derecho a extender el campo de sus quejas en el caso de que informaciones posteriores se lo aconsejase así».

¿Intervención en los asuntos internos de otro país? La vieja doctrina va perdiendo cada vez más su sentido original. Cada vez se destapa más el desgraciado hecho de que los países pequeños —y ya casi todos los países son pequeños, vista la aterradora magnitud de lo que se da en llamar «los supergrandes»— son víctimas de continuas influencias exteriores, y cuando esas influencias no bastan para llevarles al camino deseado, se llega a la descarada intervención armada. Pero, al mismo tiempo, los asuntos llamados «interiores» de un país cada vez conciernen menos exclusivamente a ese país, y tienen una resonancia en todos los demás



por
**EDUARDO
HARO
TEGLEN**



Aún no está descartada la posibilidad de que el Rey Constantino —que aparece en la foto de la derecha junto a su madre, la reina Federica— pueda restablecer una legalidad en compañía de los militares leales; pero el hecho es que cuando Papandreu —a la izquierda— intentó imponer su criterio fue el gobierno de Stephanopoulos el que se impuso sobre los levantamientos pro-papandreuistas en septiembre de 1965.

que, por lo tanto, se creen con derecho a intervenir. A pesar de la reciente ola de nacionalismos, es un hecho que el mundo está cada vez más comunicado entre sí, más interdependiente. No hay hechos aislados, ni países aislados. El mismo golpe de estado de Grecia se realizó mediante la utilización de un plan secreto de la O. T. A. N., mediante un despliegue de material militar facilitado por la O. T. A. N. y de procedencia americana, y muy probablemente con la ayuda y la anuencia —si no con el impulso— de algunos organismos intervencionistas americanos, como la C. I. A., aunque con disgusto de otros. Para los Estados Unidos, ningún hecho importante griego puede ser ajeno. Grecia es una pieza clave en el nuevo Mediterráneo, que ya no es un mar americano desde el paso de los Dardanelos por la flota soviética; que representa un punto de fuerza frente a la situación de inseguridad que se produce en la zona de enfrente —conflicto Israel-Oriente árabe— y que representa una especie de equilibrio en un momento en que el primer ministro turco

viaja a la URSS. Se están realizando maniobras navales mediterráneas de primera importancia. El supuesto táctico de las maniobras celebradas entre fines de agosto y mediados de septiembre era el de una invasión de Grecia en la región Tracia —la unión con Turquía y la frontera con el comunismo por Bulgaria—: los imaginarios autores de la invasión eran los soviéticos. Las maniobras de septiembre-octubre, dirigidas por el general Kilmansseg y el almirante Griffin, en esa misma zona, se realizan con cohetes «Peshing», que pueden lanzar cargas nucleares de hasta un megatón. Es fácil comprender hasta qué punto le interesa a Estados Unidos que Grecia tenga un régimen fuerte y guerrero, que no sea capaz de tener las veleidades pacifistas o abandonistas de que acusan al general De Gaulle. La duda, para los Estados Unidos, está en saber si el régimen actual es o no es fuerte, y si la energía cívica con que lo rechazan los demócratas europeos y los aliados de la O.T.A.N. puede llegar al extremo de debilitar más la organización atlan- **SIGUE**

tica de defensa. Y si, en fin, la oposición interior va a ser más fuerte que la junta de coroneles; y si el Rey Constantino podrá llegar a ser un punto de apoyo para una modificación legalista del sistema, que permita la desaparición formal de la dictadura, al mismo tiempo que se siguen bloqueando los mecanismos de participación política de las fuerzas de izquierda o, sencillamente, de las fuerzas no emparentadas a los americanos como las que encabezaba el no comunista Papandreu. Por eso Johnson vacila; ha recibido al Rey Constantino en Washington, pero no ha restablecido integralmente su ayuda directa a Grecia, y ha pronunciado palabras condenatorias cuando ha recibido al nuevo embajador griego, Palamas.

Como se ve, es difícil seguir manteniendo hoy en todo su valor la doctrina de no intervención en asuntos internos de un país. Los organismos europeos de los que forma parte Grecia no son simplemente económicos, técnicos o militares; son también, aunque sólo formalmente en algunos casos, políticos. Su fundación doctrinal y filosófica está hecha sobre la base de una defensa de libertades. Tienen un cuerpo de doctrina que todos han aceptado y que todos, formal o realmente, se esfuerzan en respetar. La situación de Grecia amenaza esa doctrina y, además, plantea dificultades que se pueden llamar técnicas. Es difícil que la comisión mixta parlamentaria Grecia-C. E. E. funcione normalmente cuando los diputados griegos que la componen están en la cárcel o se encuentran alejados del poder.

Es lícito pensar que los escrúpulos americanos y europeos serían bastante menores de no existir un temor bastante más concreto: que la situación griega se vaya deteriorando y que dé origen a un contragolpe o a una revolución de extrema izquierda; es decir, que la aparente fuerza de los coroneles sea una debilidad para mañana. Puede pensarse también que la nueva oposición surgida a la derecha, tan pública y tan notoriamente, y después de varios meses de espera, sea sobre todo una toma de posición para ofrecer a los americanos y a los aliados europeos una solución de recambio, un moderantismo aceptable basado, como antes digo, en la figura del Rey, que se las ingenió con cierta habilidad en los primeros días del golpe de estado para aparecer ajeno a él y, sin embargo, conservarse en su trono. Canellopoulos no subió al poder de una manera enteramente limpia: llegó tras la serie de maniobras



El golpe de Estado de abril del año en curso convirtió a Atenas en una ciudad en estado de sitio, por cuyas calles circulaban los tanques en amos y señores.



Panayotis Canellopoulos, que aparece en la foto, a la izquierda, felicitado por John Paraskevopoulos a raíz de su nombramiento de primer ministro, ha sido detenido después de hacer unas declaraciones sobre la libertad de expresión.

y de supuestas acusaciones de complot que derribaron injustamente a Papandreu, y que deliberadamente le acusaron de comunista sin haberlo sido jamás.

El caso de Elena Vlachos parece más bien un hecho de dignidad profesional periodística. En el mismo momento en que se inició el nuevo régimen, cerró sus dos grandes periódicos, el «Kathimerini» y el «Messimvri», además de su revista gráfica «Elkonos» —aunque siguió manteniendo abierta la editorial Galaxia, productora de novelas populares, que es la principal fuente de sus ingresos—. El nuevo régimen presionó a los redactores que habían quedado sin trabajo para que hicieran reclamaciones laborales; sólo 24 de entre 140 aceptaron, y los demás se sumaron a la postura de Elena Vlachos. Sin embargo, la propietaria se reservó el derecho de reanudar sus publicaciones cuando se restaurase la libertad de prensa. Ahora ha hecho unas declaraciones duras contra el régimen, y ha sido procesada.

Sin embargo, es preciso reconocer que la persecución a las izquierdas es mucho más dura, más cruel y más sistemática que a esta derecha liberal, y que a otra derecha decepcionada —la que suponía que el golpe iba a servirle para sus fines personales de lucro, y que ahora se siente desdeñada—; y encuentra menos acogida en el extranjero. El desgraciado anónimo que ha sido sentenciado a dos años de cárcel porque se le ha sorprendido escuchando música popular de Theodorakis —el autor de las músicas de películas más importantes griegas—, que es jefe de las juventudes progresistas, o los que han sido llevados a las islas de Yiura y Leros por escuchar noticias de radio extranjeras, o los que están en los calabozos por haber difundido hojas clandestinas contra la dictadura tienen un trato muy distinto de esta «nueva derecha» rebelde con esperanzas sucesorias.

¿Son válidas estas esperanzas? Los observadores extranjeros en Atenas parecen creer que la junta se está debilitando día a día. Se dice que el Rey, alentado por Johnson y sostenido por algunos generales que se han mantenido al margen del pronunciamiento, como es el general Panagopoulos, jefe de la gendarmería que se sostiene en su puesto exclusivamente por el apoyo real, y algunos otros, trata de imponer un cambio radical en la situación. Es decir, se pasaría por una situación intermedia de «estado de guerra» dirigido por los generales leales hacia un regreso al parlamentarismo, pero sobre una nueva constitución que en cierta forma bloquease los juegos de los partidos políticos: una situación «a la francesa» —esto es, a la francesa del general De Gaulle, que ya no vería motivos para atacar al régimen de los coroneles—. Una buena parte del Ejército se desolidarizaría de la junta para no hacerse responsable de lo que parece ser obra solamente de unos cuantos coroneles, como Papadopoulos o Patakos. El problema que plantea esta situación es el de que la división de fuerzas podría suscitar una guerra civil o, más concretamente, una guerra militar en la que los civiles se sumasen a uno u otro bando.

La deterioración de la junta de coroneles procede, evidentemente, de las condiciones políticas en que se desenvuelve, pero también de una serie de fracasos económicos que vienen a demostrar que el principal motivo público de su toma de poder —la restauración de la economía griega— se ha escapado de sus manos. La actitud reservada de Estados Unidos y de Gran Bretaña, las claras denuncias europeas, la restricción del turismo, la aparición de la oposición de derechas, el fracaso en las conversaciones acerca de Chipre, la inutilidad ofensiva de ciertas medidas consideradas como «morales» —lucha contra la minifalda y la melena masculina, prohibición de la música popular, censura en el teatro griego clásico, ley del silencio en las famosas tabernas griegas— han desgastado en poco tiempo el poder de los hombres de la junta. Pero desdichadamente es difícil pensar que su caída, si se produce, vaya a restaurar una auténtica democracia, sino más bien un simulacro que tranquilice las conciencias extranjeras; y desdichadamente también, no se puede excluir que la tensión interior entre el grupo golpista y el Rey con los militares leales vaya a degenerar en una guerra civil o, al menos, en un contragolpe de consecuencias sangrientas.

GRECIA EN LA ENCRUCIJADA



La actriz Melina Mercouri, una de las personalidades griegas de mayor prestigio, se ha puesto desde el primer momento en contra del régimen actual.

